

BERTA MIR DETECTIVE

**EL CASO DEL
CHANTAJISTA PELIRROJO**

JORDI SIERRA I FABRA

Serie Negra Ediciones Siruela

1

Mi móvil sonó a las diez y treinta y cinco de la mañana.

Lo miré con rabia, aunque también con esperanza. Rabia porque estaba tumbada en la cama escribiendo una canción, con la guitarra acústica entre las manos y una libreta con la letra a medias al lado, además de la grabadora para ir registrando los avances. Estaba quedando muy bien, aunque necesitaba algunos retoques y, por supuesto, acabar de encajar la letra. No estaba segura de que el grupo fuese a interpretarla, pero llevaba unos días dominada por una especie de fiebre creativa. Así que la aprovechaba. Lo de la esperanza era porque, si me llamaban para encargarme algún caso, lo agradecería.

Y mucho.

Busqué el número en la pantallita.

No lo reconocí.

–¿Sí? –cerré los ojos y crucé los dedos de la mano.

–¿Agencia de detectives Mir?

Un caso.

–Sí –abrí los ojos y descruce los dedos.

–Verá... –la voz era de una mujer, y parecía angustiada, o al menos nerviosa–, he ido a su despacho y no había nadie...

–A veces los casos nos tienen a todos en la calle –mentí.

–¿Entonces no podrán atenderme? –más agitación.
–No, no, tranquila. Puedo estar ahí en... ¿media hora?
–Media hora –repitió mi interlocutora.
–De acuerdo. ¿Su nombre?
–Vanessa Fonoll.
–Llegaré lo antes posible.
–Gracias. Iré a tomar un café y la veré en la agencia.
Eso fue todo.

Corté la comunicación y miré la letra de mi canción todavía a medias, la guitarra que descansaba sobre mi regazo como un amante solícito a la espera de mis caricias. Escuché el silencio de mi habitación y conté hasta diez.

Luego salté de la cama.

Ya estaba vestida. Sólo tuve que arreglarme un poco. Mientras lo hacía tarareé las dos primeras estrofas de la letra para fijarla en mi mente y retenerla.

Faltan siete minutos para la revolución.
Faltan siete minutos para la crispación.
Faltan siete minutos para el estallido.
Ni siquiera lo sabrás y ya te habrás ido.

Faltan siete minutos para la revolución.
Faltan siete minutos para la gran emoción.
Faltan siete minutos para la hora final.
Creías que todo está bien y todo está mal.

Papá llevaba unos días muy silencioso, si es que se puede expresar así el hecho de que no se comunicara mucho conmigo mediante el movimiento de su dedo. Entré en su habitación y le di un beso en la frente. Luego tomé su mano.

–Papá.
Nada.
–Me voy a trabajar.
Esperé en vano.

Le miré con ternura. Ya no me atrevía a llorar en su presencia, porque estaba segura de que lo notaba, de que percibía mis emociones, mis cambios de ánimo. Aquel ser tan vigoroso, entusiasta, amante de la vida y de las bromas, prisionero de su inmovilidad... Seguía resultándome aterrador.

Volví a besarle, con más intensidad.

Los médicos decían que era normal, que no me preocupara, que podía haber momentos de incomunicación, en los que ni siquiera moviese el dedo, único gesto que me indicaba que seguía conmigo.

–Te quiero –me despedí de él.

Sentí el roce en mi mano.

Y suspiré con cierto alivio.

La abuela ya había salido, a comprar o a dar un paseo matutino para estar en forma. Alejandra limpiaba la sala antes de mover a papá, algo que solía hacer cada dos horas: le flexionaba las piernas, los brazos...

–Dígale a la abuela que tengo trabajo, que quizás no venga a comer.

–De acuerdo, señorita.

–Intente hablar con él.

–Ya sabe que lo hago siempre.

–Es que lleva un par de días...

Nos miramos unos segundos. Su piel blanca, el cabello negro, los labios bien dibujados, los ojos expresivos. A sus cuarenta y tres años era una mujer guapa. Toda la dureza de su pasado se había transformado ahora en la paz que la rodeaba y la generosa amabilidad con la que hacía su trabajo, algo que no era fácil teniendo en cuenta el estado de papá. A veces la vida te obliga a ser fuerte.

Me pregunté si yo lo estaba siendo, y si sería capaz de seguir siéndolo.

–Chao.

–Que esté muy bien –se despidió de mí con su característico acento paisa.

Monté en la moto, me coloqué el casco y salí zumbando en dirección al cruce de la Vía Augusta con Madrazo, donde la agencia de detectives Mir seguía funcionando secretamente sin su mentor, Cristóbal Mir. Pensé que tenía que haberle contado a la tal Vanessa Fonoll las condiciones por teléfono. Dos de los últimos clientes no se habían tragado el cuento del «detective invisible» y su enlace. Habían insistido en hablar con él. Si perdía otro cliente, no sabía qué iba a hacer. Mi último caso lo había resuelto en apenas tres días y no había dado demasiado dinero, por típico y tópico: un presunto marido infiel. Luego resultó que no, que de infidelidad nada. El hombre iba a un psicólogo los martes y los jueves. Una vez entregado el informe a la esposa, me pregunté qué haría ella con él. ¿Callar? Si su marido iba a un loquero igual era por ella. Menuda señora.

Aparqué la moto en la acera y subí a la agencia. Cuando llegué al despacho, me senté en la silla de papá y esperé sin dejar de tararear mi canción.

El timbre de la puerta sonó cinco minutos después. Me levanté, esboqué mi mejor sonrisa y abrí.

Vanessa Fonoll era una mujer espectacular.

Alta, veinticuatro o veinticinco años, pinta de modelo, cabello largo, rubia, delgada, de esas a las que le cae un saco del cielo y les sienta de maravilla.

Lo único que no pude ver fueron sus ojos.

Llevaba unas enormes gafas oscuras que se los cubrían.